
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

SUMARIO

DE LAS HISTORIAS ECLESIASTICA Y DE ESPAÑA

QUE COMPUSO EN VERSO

El padre José Francisco de Isla,

de la compania de Jesus.



CADIZ:
Imprenta i libreria de la Revista Médica,
á cargo de D. Vicente Caruana,
PLAZA DE LA CONSTITUCION NUMERO 11.
1845.

HISTORIA ECLESIASTICA.

SIGLO I.

Por tantos siglos antes prometido,
Al tiempo señalado ve nacido
El mundo al hombre Dios de Vírgen Madre,
Perfecta imágen de su Eterno Padre.
Pasados misteriosos treinta años
A los hombres predica desengaños,
Enseña á vivir bien, y los convida
A seguirle Verdad, Camino y Vida.
De diversos oficios doce llama,
Despreciables al mundo: los inflama,
Y forma de su mano campeones
Que á su Evangelio rindan las naciones.
Con milagros ser Dios hizo evidente,
Y muriendo ser hombre hizo patente;
Fortifica á los suyos victorioso
De la muerte, y al Cielo vuela airoso.

Al Espiritu Santo envía luego,
Que lenguas encendió como de fuego,
Los llena de sus dones, y facundos,
La conquista emprendieron de dos mundos:
Que de Dios en ardor y sacro fuego
No se distinguen el judio y el griego.
Libres los fieles de mosáicos ritos,
Con nombre de cristianos son escritos.
La Nueva Ley, dispersos, con su celo
Los doce estienden, y confirma el Cielo
Con milagros pasmosos la doctrina
Que á la gloria los hombres encamina.
De Antioquía Pedro pasa á Roma.
Y por el Asia Paulo el rumbo toma,
Y á los griegos, preciados de eruditos,
Convierte con su voz y sus escritos.
En todas partes los creyentes crecen,
Y de la Fé los dogmas prevalecen.
Pablo en Jerusalen es maltratado;
Apela al César, y es bien escuchado.
La iglesia por Neron es perseguida,
Y á Pedro y Pablo lés quitó la vida.
Por Vespasiano de su culpa ciega
A los judios el castigo llega.
Muertes y ruina de ciudad y templo
Son de su obstinacion causa y ejemplo.
Al rebaño de Cristo, Domiciano
Segunda guerra mueve; y de Trajano,
Sin que él lo mande, sufre la tercera
Cólera del gentil, sañuda y fiera.

A la Iglesia acomete por el centro,
Batalla que la hiere mas de dentro.
De Simon la heregia, y de Cerinto
Las de Ebion, horrible laberinto
De Himeneo y Fileto, que estandarte
Todos con Nicolas alzan á parte.

SIGLO II.

El rebaño de Cristo el año ciento,
Segundo siglo, tuvo tal aumento,
Que escita admiracion ver como crece,
Y en provincias y reinos se establece.
Los fieles perseguidos mas se alientan.
Cuanto mas martirizan mas se aumentan.
Y la sangre que vierten los tiranos
Parece que es semilla de cristianos.
Sobre el dia de Pascua mil cuestiones
Los dividen en varias opiniones.
Se empeña Víctor en que Oriente ceda,
Mas hay por su opinion quien interceda.
Los judios en tiempo de Trajano
Se enfurecen, queriendo de Adriano
El yugo sacudir, mas vence Roma,
Que de su orgullo la venganza toma.
Por rumbo opuesto los cristianos giran
Leales al imperio; aunque se miran
Perseguidos derriban sus ejemplos
Los falsos Dioses de sus torpes templos.

Con los fieles clemente es Antonino
Por una Apologia de Justino,
Y por una victoria memorable
Marco Aurelio á la Iglesia es favorable.
El Ródano de madre sale ufano,
Teñido en roja sangre que el tirano
De mártires derrama, que contentos
Por Cristo dán los últimos alientos.
El siglo de hombres grandes es fecundo,
Que errores vencen, alumbrando al mundo.
Acusado el cristiano es de caribe,
Porque llega al altar y á Dios recibe,
De lesa magestad y de ateismo,
Y de ser de torpezas un abismo.
Cuadrato y Arístides sábiamente,
Meliton y Justino hacen patente
Que todo es impostura, y aun deshecha
Dejan de estos delitos la sospecha.
El Jayo, Saturnino y Valentin,
Los Gnósticos, Carpocras y Florin,
Cerdon, Marcos, Berilos y Montanos,
Apéles, Teodoros y Alejianos,
Con Marcion y los ciegos Tacianitas,
Y mas ciegos los ciegos Adamitas,
Con otros heresiarcas, mucho daño
De Cristo intentan al feliz rebaño,
Sin volver al redil, aunque llamadas,
Las ovejas errantes y obstinadas.

SIGLO III.

En el siglo tercero se adelanta
Mucho en guerra y en paz la Iglesia Santa;
Y en el número iguales son los fieles,
Modelos de virtud á los infieles:
De la acética vida en el desierto
Dejan Antonio y Pablo campo abierto.
De Roma siete Obispos van á Francia
A dilatar la Fé con su constancia:
Los templos se levantan á millares,
Y aun en Roma se ven muchos altares:
Son Novato y su secta condenados,
Y los Rebaptizantes reprobados.
Por general edicto de Severo
La Santa Iglesia sufre insulto fiero:
Alejandro Maméo es favorable.
Maximino cruel bestia insaciable:
Decio, á quien Gallo y Volusiano siguen,
Y á los cristianos sin piedad persiguen;
Valeriano maltrata solamente
Los ministros del Dios Omnipotente:
Mas á la Iglesia Santa dá Galieno
Un tiempo muy pacífico y sereno.
Los Arabes, Prajeas, Tertuliano,
Origenes y el Melchisedeciano
Yerran, siguiendo ciegos Paulinitas,
A Sabelio y á Manes, Cataristas.

SIGLO IV.

La Iglesia al cuarto siglo en paz se halla,
Presenta Diocleciano la batalla,
Hasta que convertido Constantino
Con un milagro del poder divino,
Y tomando la Cruz por estandarte,
Es su corona, cetro y baluarte.
Por la Iglesia en Nicea congregada
La heregia de Arrio es condenada:
Constante y Constantino en Occidente
Mantienen á la Fé con celo ardiente;
Mas en Oriente turba al fiel cristiano
Constancio, protector del Arriano.
San Atanasio y Osio, con Liberio,
Desterrados se miran por su imperio:
Del concilio engañoso, falso y vario
De Rímini sostiene el formulario:
Apóstata Juliano, y con Valente
La Iglesia es perseguida nuevamente.
Mas la Iglesia con armas eficaces
Triunfa de Macedonio y sus secuaces,
Su venganza conoce el gran Teodosio,
Y se rinde postrado á San Ambrosio.
Al cisma de Melecio y Donatismo
De Lucífero sigue el rigorismo:
Arrio, Coluto, Eréstato, Aerio
Perturban de la Iglesia el hemisferio.

Coliridianos y Apolinaristas,
Antropomorphitas, Priscilianistas,
Autores de delirios y quimeras,
Alistan poca tropa en sus banderas.

SIGLO V.

El quinto siglo mira desterrados
Del imperio los dioses venerados.
De oriente á ocaso con afecto tierno
Es adorado solo un Dios eterno.
El ingrato Pelagio con audacia
Degrada los auxilios de la gracia:
Por el gran Agustino es combatido,
Condenado por Roma, y confundido.
El Efesino con rigor condena
A Nestorio que audaz se desenfrena,
Y abiertamente sin temor pregona
Haber en Cristo mas de una persona:
Una naturaleza sola afirma
En Cristo Eutiques, y su error confirma
En Efeso un concilio sedicioso,
Clandestino, sagaz, tumultuoso.
En Calcedonia, en fin maduramente
El punto ventilado, justamente
Se condena de Eutiques la manía,
Triunfando de una vez de la heregía.
Los bárbaros del Norte esgrimen fieros
En Africa y Europa sus aceros,

Y la Iglesia padece sobre todo
Del vándalo, el alano, el suevo, el godo.
Clodoveo y sus franceses se bautizan,
Y á los bárbaros mucho atemorizan:
Zosimo se declara por Apiario,
Rufino es de Gerónimo contrario.
Teófilo á Crisóstomo se opone,
Lo persigue, destierra y aun depone:
San Benito inflamado en celo ardiente
De religiosos puebla el Occidente.

SIGLO VI.

Cede Laurencio á Symacho en quinientos
La Cátedra de Roma, y muy sangrientos
En Africa los vándalos infieles
A fuego y sangre ofenden á los fieles.
Severo escita cisma en el Oriente,
y Ormísdas la reune al Occidente;
Espulsos los hereges son trofeo
En Francia de los hijos de Cloveo.
A el Asia pasa Juan y encarcelado
Teodorico á la muerte lo ha entregado.
A Antimo, á quien protege Teodora,
Quita Agapito el puesto que desdora;
Y continuando intrépida la guerra
Ella por este golpe no se aterra.
Sube Virgilio á el sólio; él se arrepiente
De sus promesas, y obra justamente:

Contra los tres escritos un Concilio
Se esplica no asistiendo en él Virgilio:
El punto se concluye, no la guerra,
Ni el cisma de Severo se destierra.
Sagrada autoridad, divina y clara
Usurpa Justiniano, y él declara
Por su edicto, con tono de infalible,
Que es la Carne de Cristo incorruptible.
De Padre universal el nombre toma
Juan el ayunador: solo de Roma
Quiere llamarse Obispo San Gregorio,
Por reprender orgullo tan notorio.
La Católica fé con luces baña
Tres naciones con godos de la España,
Y de los templos uniforme canto
Establecido deja el mismo santo.
Los Eutiquianos, grandes noveleros,
Yerran por nuevos rumbos y senderos.

SIGLO VII.

En seiscientos la Iglesia purifica
El que á los Santos panteon dedica.
Falso Mahoma, pérfido inhumana,
Su alcorán establece espada en mano.
La sacrosanta Cruz es exaltada
Por victoria de Heraclio señalada,
A el apagar un cisma Heraclio ciego
De los Monotelitas dá en el fuego.

Atanasio lo engaña, á Sergio atiende
Y á Honorio con su carta este, sorprende.
El cisma de la Iliria es apagado,
Y el edicto de Heraclio condenado.
Martin condena de Constante el tipo
Y de Mártires es un prototipo.
En tiempo de Agaton, concilio sesto
Destierra error tan terco y manifiesto:
Y al *quinsesto*, que en *Trullo* se apellida,
El Occidente da poca acogida.

SIGLO VIII.

Del imperio y la Iglesia en el terreno
En setecientos entra el sarraceno.
De grandes torpezas en castigo
Pierde á España y la Iglesia Don Rodrigo.
Por el Papa, Pipino en Lombardía
Reprime á los lombardos su osadía.
Bardano, emperador entra en Oriente
Y resucita el cisma nuevamente.
Isáurico se pone con insulto
Contra el inmemorial sagrado culto
De las santas imágenes y fiero
Contra los infieles esgrimió el acero,
Que las adoran con piedad debida
Á costa de su sangre y de su vida.
Vertiendo mucha sangre de cristianos
Coprónico é Isáurico inhumanos,

Por fuerza de un concilio numeroso
Proscriben el honor santo y piadoso,
Y su trágica muerte muestra al suelo
Cuanto con su impiedad irrita al Cielo.
El mismo fin su hijo Leon tiene,
Mas por el culto santo vuelve Irene.
El séptimo Concilio, por su influjo,
De su corte á Nicea se condujo,
En donde la impiedad fué condenada,
Y la veneracion quedó arreglada.
De Nicea el decreto es mal oido,
En Francfort y en Francia restringido.
Continuan la Iglesia perturbando
Con nuevo dogma Felix y Elipando;
Pero cinco Concilios la Fé pura
Declaran, condenando su locura.
A Adelberto y Clemente el Escocés
Siguen el Pauliciano y Albanés.

SIGLO IX.

El siglo nono Carlo-Magno impera
En Occidente, cuando no lo espera:
La religion estiende con gran celo,
Y las ciencias fomenta con anhelo.
Logra Focio ambicioso con espanto
Que priven de su silla á Ignacio Santo:
A un concilio, político industrioso,
Hace parezca bien su hecho engañoso.

Ignacio apela á Roma, es atendido,
degradado el intruso y espelido.
El octavo Concilio en tal sistema
contra Focio pronuncia el anatema.
El pleito de Bulgaria á plaza sale,
Y el político diestro de él se vale:
Por los bulgaros Roma al fin se esplica,
Pero Constantinopla le replica.
Muere Ignacio, entra Focio; al Papa engaña,
Y este condena al fin su astucia estraña.
De los griegos la union mucho zozobra
De Focio por la oculta maniobra:
De predestinacion falsa doctrina
Predica Gotescalco con gran ruina.
De Maguncia el Concilio lo condena,
Y en Quierci se le dá la justa pena:
Valencia contra Quierci quiere en vano
Interpretar decreto soberano:
Pérfido Remí en Toul es favorable
Al sentir de Valencia detestable;
Mas en Tourci un Concilio favorece
La decision de Quierci, y la establece.
Paschacio, Rasbert, Ratram disputador,
Cuestionan voces del cuerpo del Señor.

SIGLO X.

En el décimo siglo el hemisferio
Se turba de la Iglesia y del Imperio.

Desconoce sus leyes el cristiano,
Y mide sus derechos por su mano.
Tímida la virtud, la ciencia escasa,
Que en los cláustros apenas tuvo casa;
Y si contra Mahoma se batalla
Mas desertores que secuaces halla.
De Normandos la Francia es invadida,
Y en el Norte la Fé es bien admitida:
La Silla mas sagrada y eminente
Ocupada se mira indignamente.

SIGLO XI.

Hijo de padre vino el siglo once,
Que á la virtud resiste duro bronce.
Fulminan anatemas repetidas
que ni son respetadas ni temidas,
Si niega Berenguel la real presencia,
Diez concilios condenan su creencia.
Ambicioso Miguel llamarse aspira
Patriarca universal, y porque mira
Que se le opone Roma al ciego anhelo:
A un cisma declarado corre el velo.
La investidura con abusos varios
A Roma y al imperio hace contrarios.
A San Gregorio séptimo humillado
Enrique cuarto absuelto y perdonado
Vuelve á hacer cruda guerra; es depuesto
teniendo escomulgado fin funesto.

La Cruzada en Clemon determinada
Perece por no ser bien gobernada:
La segunda cogiendo mil laureles
Muchos reinos conquista á los infieles:
Se hace señora, en fin, de Palestina,
donde Godofre como rey domina.
La Escolástica empieza, y lo que trata
Con dialécticos modos lo desata.

SIGLO XII.

La Iglesia en mil y ciento mas se aferra
Contra el vicio al Imperio cruda guerra
Hace; Enrique quinto en la censura
Incurre por querer la investidura:
Ciego contra la iglesia guerra mueve
Pero al fin se sujeta á lo que debe.
Con gusto universal aprueba grato
El concilio noveno el concordato.
El décimo concilio junto en Roma
Contra el cisma y error los medios toma.
Con cisma nuevo Federico inquieta,
Pero luego á la Iglesia se sujeta.
El cielo del Císter brota un lucero,
Que separa lo falso y verdadero.
Sale de Claraval, concilia reyes,
Restablece costumbres, forma leyes
Desunion y perfidia descomponen
Cruzadas que de nuevo se disponen.

Condena con infames albigenses
El onceno concilio á los valdenses:
en él varios abusos se cohiben,
Y bárbaros torneos se prohiben.
En tiempos tan difíciles y varios
El Orden de San Juan y los Templarios
Dan principio tambien el de Norberto,
Y en Fontenebleau de Francia el de Roberto.

SIGLO XIII.

Se une en mil y doscientos el latino,
El griego, y se corona Balduino.
En el Concilio doce se examinan
Los errores y vicios que dominan:
Valdenses y albigenses obstinados
Con Amauri y Joaquin son condenados.
Clemente sesto aterra con censuras
De crueles flegelantes las locuras.
Federico segundo se endurece,
Y es condenado del Concilio trece.
A los vicios se aplican sus remedios,
Y á las santas Cruzadas nuevos medios.
Un concilio en Leon mas numeroso
Vuelve á la union al griego caviloso.
Para dar nuevo aumento á las Cruzadas
Las décimas les fueron señaladas,
Y hasta los dias en las elecciones
De los Papas, huyendo dilaciones.

La Religion se forma del Carmelo,
Y á Francisco y Domingo envia el cielo.
Servitas, trinitarios, celestinos,
Y tambien hermitaños agustinos.

SIGLO XIV.

De Felipe el hermoso y Bonifacio
En el siglo catorce largo espacio
Ocuparon las mútuas disensiones;
Pero Viena acaba las cuestiones
Que en el Concilio quince se examinan
Y las cosas en paz se determinan.
Los templarios en él son suprimidos:
Beguinos y begardos reprimidos:
De Juan de Poliac y de Cesena
La doctrina maligna se condena.
Los cínicos, llamados turlupines,
Tienen quemados merecidos fines.
Con Papas de Aviñon y los de Roma
El cisma en Occidente cuerpo toma.

SIGLO XV.

En el año de mil y cuatrocientos
Muchos reyes del cisma descontentos
Por solo un Pontífice suspiran;
Uno quieren y tres son los que miran.

Por remedio de tanta disonancia
El Concilio se junta de Constancia:
Dos renuncian, al otro se depone
Y que haya un solo Papa se compone.
A Wiclef y Juan Hus con sus secuaces
Condena como á hereges pertinaces.
Martino Quinto en él es elegido,
Y el Concilio con paz es concluido.
Divide en Basilea al Occidente
Nuevo cisma; mas luego reverente,
Abjurando en Florencia el griego toma
La determinacion de unirse á Roma.
La inconstancia de Grecia subyugada
De Mahometo Segundo por la espada,
Mientras que el Rey Católico Fernando
De los moros de España iba triunfando.

SIGLO XVI.

Entre la Francia y Roma la concordia
De pragmáticas leyes á discordia
Reducida se ve en mil y quinientos,
Quedando los franceses descontentos.
En Germania Lutero sus errores
Derrama, renovando mil horrores:
A todos brinda con libertinage,
Y á porfia le rinden vasallage.
Como fuego infernal todo lo abrasa,
Y con rápido vuelo al Norte pasa.

A su secta se agregan zuinglianos,
Valdenses y bohemos, husitanos:
En Spira es indócil protestante,
Y en Augusta al Concilio es apelante.
Enrique Octavo ciego por Bolena,
En un cisma cruel se desenfrena:
En la Francia Calvino sigue fiero
Con su secta los pasos de Lutero.
Contra tanto heresiarca y error tanto
El de Trento Concilio sacrosanto
Se convoca, suspende, y vuelve á abrirse
Hasta que llega al fin á concluirse.
El define, él condena y establece;
Mas la heregía terca se endurece.
En Alemania, en Flandes y en la Francia,
Con rebeldía enorme y arrogancia,
Las armas toma contra todas leyes,
Desobediente al Cielo y á sus reyes.
De su seno partió el Socinianismo
Hipócrita, el Deismo y Bayanismo.
A los griegos consultan, mas los griegos
Los declaran tambien hereges ciegos.
En tiempo tan revuelto y lastimoso
Ignacio de Loyola fervoroso
Fundó para oponerse á la heregía
De Jesus la sagrada Compañía:
En Europa detuvo su corriente,
Y corriendo veloz de ocaso á oriente,
Mas almas quitó al diablo de las manos
Que todos juntos dieron los paganos.

SIGLO XVII.

Su doctrina famosa á Luis Molina
Roma en mil seiscientos examina.
Se quita de Venecia el entredicho,
Y el empeño de Smith es contradicho.
De Jansenio el herético sistema
Justamente padece el anatema:
Cuestion de hecho y de derecho se suscita,
Y la Iglesia este efugio tambien quita.
(Hasta aquí llega de Isla el terso estilo,
Y de aquí mi rudeza sigue el hilo.)
Lelio Socino y otros temerarios,
Forman la secta de los unitarios.
Vaga su error y busca domicilio,
Sola Polonia ofrécele su auxilio.
Arminio junta muchos remonstrantes,
Y turba á los sectarios protestantes.
Mas estos en Dordrecht se congregaron
Y á Lutero y Calvino renovaron.
En Aix, Paris, Norbona, y en Malinas
Se reforman errores y doctrinas:
Censuras fuertes padeció Richerio,
Cuando une mal la Iglesia y el Imperio.
Algunos Patriarcas del Oriente
Se oponen al error abiertamente
Que Cirilo Lucar encadena,
Y en Sínodos diversos se condena

De los anabaptistas la cabeza
Saca Ménon, y nuevo error empieza.
Jorge de Fox se hace muy nombrado,
Porque se cree de Dios solo inspirado;
Y en Inglaterra esparce sus errores,
Llamándose los suyos tembladores.
En el imperio Chino se persigue
Al que la Religion Cristiana sigue.
Benito de Espinosa el judaismo
Deja, y errado enseña el panteismo
Fiando en sus razones demasiado,
Y toda religion echando á un lado.
Al contrario suscita desatinos,
Fiando mucho en Dios Miguel Molinos,
Y la gente que alista en su partido
De quietista merece el apellido:
Mas todas estas sectas y opiniones
La Iglesia anula en varias decisiones.
Entre otros institutos regulares,
Que fomentan varones singulares,
San Francisco de Sales resplandece,
Y el de Juana Fremiot por él florece,
Que desques de haber dado en Francia ejemplo
Se coloca en Madrid con casa y templo.
Vicente á Paulo empieza sus misiones,
Y se hacen otras varias fundaciones,
O para profesar recogimiento,
O dar al Evangelio mas fomento.
Los Papas varios santos canonizan,
Y su fama y virtudes solemnizan.

De los enfermos Juan de Dios consuelo
Y de caridad cristiana fiel modelo.
Teresa de Jesus, cuyos cuidados
Producen Carmelitas reformados,
Con Pedro Alcantarino, el Observante,
Que igual idea sigue muy constante.
Felipe Neri, Cayetano, Sales,
De Italia tres varones inmortales.
De este siglo la gloria al fin se aumenta
Con nuevas maravillas que presenta,
Puesto que abrazan las cristianas leyes
Nobles familias, y aun los mismos Reyes,
Que antes al torpe error daban incienso,
Sacrificio debido al Dios inmenso. (1)

SIGLO XVIII.

El siglo diez y ocho en que vivimos
Frutos del anterior recoge opimos;
Pues de las ciencias se sembró y las artes
Muy abundante grano en todas partes.
El ilustre Bossuet con sus escritos
Convence protestantes infinitos.

(1) Domingo, bey de Tunez: Domingo, rey de Monomotapa en Africa: Francisco, hijo del emperador de Turquía: Constantino y Elena, hijo y muger del emperador Chino: Casimiro, rey de Polonia, el hijo mayor del emperador de Marruecos: Cristina, reina de Suecia.

Entre ellos Federico de Sajonia,
De la familia regia de Polonia.
Clemente Once con cristiano anhelo
Pone en la disciplina su desvelo.
Y una Bula que espide con constancia
Da que pensar al Clero de la Francia:
Su cuidado se estiende hasta la China,
Porque se guarde pura su doctrina.
Varios Obispos de la Iglesia hispana
Piden resolucion á la romana
De algunas dudas que el ayuno esconde,
Y el Papa con acierto les responde.
En Letran Benedicto trece forma
Concilio en que se trata de reforma
De varios puntos que manchar pretenden
La Doctrina Moral que otros entienden.
Benedicto catorce la tiara
Toma, adornado de virtud tan rara,
Que el mismo herege estátua le ha eregido
Por tanta admiracion que le ha traido.
Acabó de la España disensiones
Poniendo fin á varias pretensiones.
Y para que el ajuste fuese rato
Firmó perpetuo estable Concordato.
Las letras protegió muy generoso,
Y fué el Papa mas sabio y mas famoso,
Que ocupó en muchos años el asiento
De que San Pedro puso el gran cimiento.
Clemente trece la discordia recia
Ajusta entre la Sede y la Venecia:

Los disturbios que Génova dispone
Por Córcega irritada al fin compone.
Pero Parma y Portugal le ofrecen
Disgustos que en su tiempo no fenecen.
Y á Clemente catorce todavía
Llegan, porque aun duraba la porfia.
La casa de Borbon padece el susto
Que dió motivo á tan atroz disgusto.
A este rigor sucede gran sosiego;
Se estinguen los jesuitas desde luego,
Que de Lisboa y Francia los estados
De la España se hallaban ya estrañados.
De cierta Bula cesa la lectura,
Y por todos se aplaude tal ventura.
De la Curia el recelo al fin se agota,
Y en Madrid se establece Sacra Rota.
De Ganganeli el nombre es celebrado
Por la paz que á la Iglesia ha procurado.
Tambien en este siglo los altares
Miran su lustre Santos singulares,
María, que de Isidro fué la esposa,
Y Juana de Fremiot, cuya gloriosa
Orden halló en España su acogida
De Bárbara la Reyna protegida.
José de Calasanz, cuya enseñanza
Remedia de los niños la crianza,
Y muchos otros que nombrar cansara
Si aquí su relacion se colocara.
Omito aquí tambien los rubricados
En sacra lista de beatificados,

Cuya virtud corona es de laureles
Destinada al ejemplo de los fieles.
A Pio Sesto que hoy rige la nave
Gran parte de esta gloria tambien cabe.
Hoy manda Cárlos el hispano imperio,
Que protegiendo el sacro ministerio
Todos los medios útiles procura
Porque la religion se observe pura:
Y mostrándose grato, beneficio
De la Madre de Dios esperimenta;
Su fina devocion tambien aumenta,
Jurando que fué en gracia concebida,
Y estableciendo una Orden distinguida
A fin de que se estienda por el mundo
Misterio tan sagrado y tan profundo.

HISTORIA DE ESPAÑA.

1.ª, 2.ª Y 3.ª EPOCA.

Libre España, feliz é independiente,
Se abrió al cartaginés incautamente,
Viéronse estos traidores
Fingirse amigos para ser señores,
Y el comercio afectando,
Entrar vendiendo por salir mandando.
Los tesoros que abriga en cada entraña,
Vivoreznos ingratos para España,
Rompiende el seno que los cubre en vano,
Cebaron la ambicion del africano.
Roma envidiosa con mayor codicia,
Hace razon de estado la avaricia:
Que estando en posesion de usurpadora,
El serlo mas Cartago la desdora.
Echar de España intenta al de Cartago,
Y antes se sintió el golpe que el amago.

Su soberbia se humilla
De Asdrubal á implorar la fiel cuchilla:
Y á los ojos de Aníbal en un punto
Ciudad, polvo y ceniza fuè Sagunto.
Roma en cuatro funciones destrozada
Pasa á España en ejércitos formada;
Y el Español rendido
Contra su libertad toma partido,
Y juntando su mano á las agenas
El mismo se fabrica las cadenas.
Cartago cede en fin; Asdrubal huye,
Y asegura Scipion lo que destruye.
Viriato guerrero,
Pasando de pastor á vandolero,
Y de aquí á general, fuerte, animoso,
Gefe fué á los romanos ominoso,
Pues solo en catorce años con su gente
Seis veces venció á Roma heróicamente;
Pero el cobarde bárbaro romano
Fraguó su muerte por traidora mano.
Numancia, horror de Roma fementida,
Mas quiso ser quemada que vencida.
Desterrado Sertorio á las Españas,
En Italiana sangre sus campañas
Inundó vengativo:
Hasta que mas dichoso ó mas activo,
El gran Pompeyo puso á sus furores
Sangriento fin de muertes y de horrores.
Atónita la España á golpe tanto
El valor cambió á miedo; y con espanto,

Cuando esperaba mas crueles penas
Agradeció á Pompeyo las cadenas.
Pero el mismo Pompeyo fué vencido
De César, su rival esclarecido.
Lérida lo dirá con sus murallas,
A un mar de sangre, márgenes y vallas:
Como Munda lloró en sus baluartes
La rota, en sus dos hijos, de dos Martes.
Octavio entró en España y su milicia
Rindió á Cantabria, Asturias y Galicia.
Con que sujeta España á los romanos,
Doradas las esposas á las manos
De sus conquistadores,
Convirtiendo en remedos los horrores,
Recibió ceremonias,
Lengua, ritos, costumbres y colonias.

4.ª EPOCA.

Al año cuatrocientos el alano,
El godo, el suevo, el vándalo inhumano,
De las cobardes manos que le tratan,
La España á viva fuerza se arrebatan.
Ataulfo valiente,
En cuya heróica frente
De los godos descansa la corona.
Ocupando á Tolosa y á Narbona,
Se acantona en Gascuña,
Y estiende su cuartel á Cataluña.

Mas Walia, belicoso á los romanos,
Redujo suevos, vándalos y alanos.
Teodoredo y Aecio coligados
En estrechos tratados,
Con Meroveo que reinaba en Francia,
De Atila humillaron la arrogancia.
Teodorico, hecho Rey de fratricida,
Que rindió á un fratricidio reino y vida,
Al suevo orgulloso
Privó de Rey, de reino y de reposo.
Hízole tributario;
Pero Eurico mas vano, ó temerario,
Le quitó la corona enteramente;
Y estendiendo su imperio estrañamente
A Toledo ocupó, y en marchas listas
Dilató hasta la Francia sus conquistas.
La vida de Alarico fué trofeo
En quinientos del grande Clodoveo;
Y con su muerte, el godo
Cuanto en Francia ocupó perdiólo todo.
Amalarico en sus mas tiernos años
Subió al trono por fuerza y por engaños;
Y ultrajando á Clotilde cruelmente,
Aunque esta esforzó un tiempo lo paciente,
Cansada la paciencia y la esperanza,
Le hizo sentir al cabo su venganza.
A Teudis mortalmente un puñal hiere,
Que quien á hierro mata á hierro muere.
El frances acomete á Zaragoza;
Y cuando casi su posesion goza,

Reprimido el encono,
A vista de Vicente su patrono,
Retrocede en efecto;
Y el que antes fué furor pasó á respeto.
Teudiselo cruel y lujurioso,
Ya torpe, ya furioso,
Todo lo mancha, todo lo atropella,
No perdona casada ni doncella,
Hasta que al fin, cansado el sufrimiento
Con su sangre lavó el atrevimiento.
Agila en lo lascivo no le imita,
Mas en lo ocioso sí: con eso escita
Tanto el desprecio del soldado fuerte,
Que comenzó motin y acabó muerte.
A los franceses se une Atanagildo,
Y al débil Liuva sigue Leovigildo;
Padre, herege y tirano de un Rey Santo,
Al griego, al suevo, al cántabro es espanto.
Su hijo Recaredo le sucede,
Con quien tanto la luz, la verdad puede,
Que á sí, y á su nacion, de secta arriana,
Obediente rindió á la fé romana.
Liuva, Witerico y Gundemaro,
Con Sisebuto, (¡caso estraño y raro!)
Aunque poco hazañosos,
Lograron unos reinos venturosos.
Suintila en la guerra adquiere gloria,
Y en la paz es afrenta en la memoria;
Al francés, Sisenando, y á su espada
Debe el tener la frente coronada;

En su reino (ahuyentada la injusticia),
Se abrazaron la paz y la justicia.
Sucedióle Chintila, despues Tulga;
Chindasvinto á sí mismo se promulga
Por Rey; y á Chindasvinto
Le sucede su hijo Recesvinto:
Wamba (¡raro prodigio!) se resiste
A ser Rey, cuando el reino mas le insiste:
Y dándole á escoger corona ó muerte,
Aun dudó si era aquella peor suerte.
El cetro admitió en fin para dejarle,
Despues de haber sabido vindicarle
De los que conspiraron
Contra el mismo á quien tanto desearon.
Mejoradas las leyes y costumbres,
A un monasterio oculto entre dos cumbres,
Se retiró glorioso
Dos veces de su reino victorioso;
No tanto por haberlo resistido,
Cuanto por no ser Rey el que lo ha sido.
La corona que Ervigio en paz conserva,
Para el ingrato Egica la reserva.
Salomon al principio fué Witiza,
Pero Neron al fin escandaliza:
Entregado Rodrigo á su apetito,
Triste víctima fué de su delito:
Cuando Julian vengando su deshonra,
Sacrificó á su Rey, su patria y honra.

3.ª EPOCA.

Desde un rincon de Asturias don Pelayo
Hizo á España volver de su desmayo:
Siguió Alfonso el Católico á Favila,
Y al reino dilató feliz la orilla.
Fruela á ser soberano
Ascendió, fratricida de su hermano:
De triunfos coronado y de laureles,
Despues de haber vencido á los infieles,
Y edificado á Oviedo, es hecho cierto
Que por un primo hermano se vió muerto.
Un tratado afrentoso,
Que rompió Alfonso el Casto generoso,
Su reino y su memoria
Llenó de años, de aplausos y de gloria.
El grande Iñigo Arista,
Rey de Navarra al Aragon conquista.
De Aragon y Castilla los estados
Son á un tiempo eregidos en condados.
Los moros por Ramiro (fué el primero),
Dando Santiago brios á su acero,
Vencidos una vez junto á Logroño
Segunda vez lo fueron por Ordoño.
Siguió Alfonso tercero su fortuna,
Menguó en su tiempo la africana luna.
Del moro su cuchilla
Fué terror en los campos de Castilla,

Pero le hizo la dicha, siempre escasa,
Un gran rey y un mal padre de su casa.
Unidos contra el padre en novecientos
García y sus hermanos turbulentos
El reino anticipar quiso á la suerte
Y él con el reino se avanzó á la muerte.
Ordoño desgraciado en cuanto emprende,
Cuanto mas oprimido mas se enciende;
Perdieron al rigor de su fiereza
Los condes de Castilla la cabeza.
Castilla sin tardanza,
Medita y ejecuta su venganza;
Y aunque á Froyla en el trono lo consiente,
Ella se hizo condado independiente,
Y el gran Gonzalo (¡arrojo temerario!)
Proclamó por su conde hereditario.
Entónces fué cuando Pelayo, niño,
Mártir de la pureza ilustró al Miño.
Alfonso cuarto el monge fué llamado,
No por virtud, por vicio retirado;
Mas Ramiro segundo
De sucesos gloriosos llenó el mundo:
Los rebeldes rendidos,
Los sediciosos siempre reprimidos;
En Osma y en Simancas los infieles
Cubrieron sus anales de laureles.
Siguiéronle, aunque con desigual paso,
Sus dos hijos Ordoño y Sancho el Graso;
De San Esteban de Gormaz el dia
Llenó á Ordoño de gozo y alegria,

Pero de la victoria
Solo Gonzalo mereció la gloria:
Y la de Haziñas este español Marte,
La logró sin tener don Sancho parte.
Ramiro y Veremundo las almenas
Abrieron á las armas sarracenas;
Cuando en guerra intestina encarnizados
Hicieron de los moros sus estados.
  Reinaba Alonso quinto, dicho el Noble,
Cuando á Navarra la corona doble
Don Sancho el grande hacia,
A Aragon y Castilla ennoblecia,
Pasando los condados
A ser reinos dos veces coronados;
Y en años no prolijos,
A cuatro reinos concedió cuatro hijos.
  Veremundo segundo, sin tercero,
Fué de los Reyes godos el postrero,
Y Fernando primero de Navarra
Heredó de Leon la real garra,
Con gloria y con trabajo
Dilató sus conquistas hasta el Tajo;
De Uceda, de Madrid, de Salamanca,
Las medias lunas victorioso arranca:
Y el reino de Toledo á su corage,
Atónito su Rey prestó homenage.
Trozos son de los padres, ó pedazos,
Los hijos (cuando no son embarazos),
Y á su reino Fernando con destrozos,
Por tres pedazos suyos le hizo trozos.

Don Sancho le sucede en la corona,
Y á sus mismos hermanos no perdona:
La muerte á sus intentos puso cabo,
Por dar lugar á Alfonso el sesto, el Bravo.
Este ganó á Toledo,
Ayudándole el Cid, y con denuedo
Corriendo Marte ó rayo la frontera,
Rindió á Mora, Escalona y Talavera.
Al conde de Tolosa agradecido,
Y al Borgoñon tambien reconocido,
De amigos hizo yernos,
Dando en sus años tiernos
A Elvira al de Tolosa,
Y al de Borgoñon á Urraca por esposa,
Llevándole por dote (y con justicia)
Tributario al condado de Galicia.
A Enrico de Capeto le interesa
La mano que le dió doña Teresa.
Y juntamente con su blanca mano
Feudatario al condado Lusitano.
Pero el año fatal de mil y ciento
Turbó á Alonso la suerte y el contento:
Pues en Huesca y Uclés la infiel cuchilla
Luengos lutos costó á toda Castilla.
Pero esta triste suerte
En dicha se trocó; pues con su muerte
Urraca, á quien Raimundo
Dejó viuda, y al tálamo segundo
De Alfonso de Aragon rindió su mano,
Unió al aragonés y al castellano,

Juntando en unas sienes los blasones
De barras, de castillos y leones;
Y Alfonso de Aragon esclarecido,
Su segundo marido,
De dos grandes batallas victorioso,
Y (lo que es mas glorioso)
Venciéndose asimismo heróicamente,
Con tres coronas adornó la frente
De Alfonso Emperador (en edad flaca)
Hijo de don Raimundo y doña Urraca.
Los Príncipes cristianos,
Mal empleadas contra sí las manos,
En guerra se hacen menos,
Y deshacen en paz los sarracenos.
Mientras Alfonso en Portugal valiente
Se vió Rey de repente,
Por el pueblo aclamado,
Y de Francia ayudado,
Venciendo cinco Reyes que no huian,
Mostró merecer ser lo que le hacian.
Sancho y Fernando á Alonso sucedieron,
Y en sus dos reinos levantar se vieron
Las militares Ordenes gloriosas,
Al bárbaro africano pavorosas.
Calatrava logró ser la primera:
Siguióse de Santiago la venera:
Y Alcántara al instante
Nació á turbar las glorias del turbante.
El navarro vencido
En rubor y venganza enardecido,

Al castellano haciéndose implacable,
Le hizo ser á los moros favorable.
En Alarcos Alfonso derrotado
Victorioso en Tolosa, y coronado,
Recobrada su honra,
A su vida dió fin, y á su deshonra.
Enrique, de este nombre Rey primero,
Logró un reino fugaz y pasagero,
Y en su tiempo de Alcázar la victoria
A un Rey de Portugal colmó de gloria.
De la muerte de Enrique enjugó el llanto
Su sucesor Fernando, el Grande, el Santo,
El que (mientras el nombre
De Jaime de Aragon, y su renombre,
En valor y prudencia,
Se eterniza en Mallorca, y en Valencia)
A Baeza quitó á los africanos,
A Córdoba y á Murcia con sus llanos;
Y Sevilla tomada
Vasallo hizo al Rey moro de Granada.
Alfonso diez el que llamaron Sabio,
Por no sé qué tintura de astrolabio,
Lejos de dominar á las estrellas,
No las mandó, que le mandaron ellas.
Mientras observa el movimiento al cielo
Cada paso un desbarro era en el suelo;
A su yerno, á su reino fastidioso,
Solo contra los moros fué dichoso.
Injustamente Sancho proclamado,
Breve, inquieto y cruel fué su reinado.

Fernando el Emplazado en mil trescientos,
Perdonando á los grandes descontentos,
Las mismas manos, antes no tan fieles,
Le llenaron de palmas y laureles.
Alfonso el Justiciero
Los sediciosos sujetó primero,
Y despues sin tardanza,
Volviendo su razon y su venganza
Contra el aragonés y el lusitano,
Y contra el africano,
En seis nobles funciones
Arrolló sus banderas y pendones,
Dejando su renombre eternizado
En la ilustre victoria del Salado.
Don Pedro á quien la gente
El Cruel apellida comunmente,
Y con igual pudiera fundamento
Llamarle lujurioso, el avariento,
Perdió el reino y la vida
A impulsos de una daga fratricida.
A Pedro el avariento, el codicioso,
Enrique el liberal, el generoso
Sucedió, dando leyes,
Maestro de soldados y de Reyes;
Y á su hijo don Juan menos le deja
En lo que cede, que en lo que aconseja.
Juan Primero, feliz con los ingleses,
Fué desgraciado con los portugueses.
El siglo quintodécimo corona
A Enrique, en paz, Tercero; y su persona

Aunque enfermiza, se hizo formidable
Al orgullo intratable
De los grandes con una estratagema,
Con que añadió respeto á la diadema.
Los grandes, por vengarse,
A Juan Segundo intentan rebelarse:
Ofrecen á Fernando cetro y trono,
Pero Fernando con heróico encono,
La perfidia á los grandes reprendiendo
Y de leal ejemplo repitiendo,
Al cetro superior, con larga mano,
Le guardó para el hijo de su hermano:
De Enrique la torpeza
Pasó de vicio á ser naturaleza;
Y cuanto en ella mas se precipita,
Tanto mas el horror del reino incita.
Uniendo sus estados
Los dos Reyes Católicos, llamados
Fernando é Isabel, con lazos fieles,
De toda España arrojan los infieles.
Orán, Túnez, Granada, Argel, Bugía,
Cedieron á su dicha y valentía;
Y á pesar de la Francia,
De Nápoles vencida la arrogancia,
De Cádiz humilladas las almenas,
Y rotas de Navarra las cadenas,
Reconocieron, recibiendo leyes,
A los Reyes Católicos por Reyes;
Y los tres Maestrazgos militares
Unidos por motivos singulares

A la corona inseparablemente,
Porque mandasen casi inmensamente
Los Católicos Reyes (bien lo fundo)
La Providencia les abrió otro mundo.

6.ª EPOCA.

Felipe en mil quinientos, el Hermoso,
Reinó Rey fugitivo y presuroso:
Cárlos Quinto, y Primero acá en España,
Emperador invicto en Alemania,
En Navarra, en Milan, en Roma, en Gante,
Victorioso y triunfante,
Y en la Baja Sajonia,
Venturoso en Bolonia,
Si en Metz, Renti y Marsella
Algun tanto la dicha se atropella,
Porque la inmortal gloria
De Pavía se temple en la memoria,
Para triunfar de todo su heroismo,
No habiendo que vencer, vencióse él mismo.
Don Felipe el Prudente,
Segundo de este nombre, heróicamente
En San Quintin, en Portugal, en Flandes,
Victorias logró grandes;
Pero siendo en la tierra tan dichoso,
Contrario tuvo al mar por envidioso.
Don Felipe Tercero,
Mas devoto que ardiente ni guerrero,

Desterró de su reino á los moriscos,
De Africa á las arenas ó á los riscos.
A Mantua, á Portugal, Artois, Holanda,
En una y otra bélica demanda.
Al Casal, Rosellon (no dije harto)
Y á Tréveris perdió Felipe Cuarto.
Cárlos Segundo, Cárlos el Paciente,
De la austriaca, augusta imperial gente
El último en España, con vehemencia
Armó contra la Francia su potencia,
Y el que á la Francia odió con tal constancia,
Dejó en muerte sus reinos á la Francia.
  Felipe de Borbon el Animoso,
Y el quinto de este nombre, hace dichoso
El cetro soberano
Que empuña su real piadosa mano.
Los reinos que mantiene,
Y que á su augusta sangre le previene,
Sin que el derecho la razon resista,
Hoy los hereda, luego los conquista.
Luzara, Portalegre, Almansa, Gaya,
Valencia y Aragon, despues Vizcaya,
Sin que Brihuega falte en la memoria,
Eternamente cantarán su gloria.
El catalan se gozará rendido
Menos á un Rey que á un padre enternecido.
Relámpago ó aurora Luis se huye:
Y el sol que nos cubrió nos restituye.
Segunda vez Orán es conquistada.
Nápoles á don Cárlos entregada,

Don Felipe el Valiente,
Si la mina revienta felizmente,
Haciendo al Piamonte hoguera ó Troya
Dará la ley á toda la Saboya.
Sonrióle en Lombardía la victoria
Al principio á su hijo, mas su gloria
Eclipsóse despues de una tal suerte
Que al gran Felipe le causó la muerte.
Fernando sesto al sólio de la España
Sentóse de la guerra la cruel saña
Transformada felice en un reinado,
Digno en verdad de un rey tan adorado,
Que en la lucha entre Francia y la Inglaterra
La paz mantener supo en núestra tierra.
Sus ciencias, artes y riqueza,
Su marina y grandeza
Renacer vió la España, só el augusto
Cetro del tercer Cárlos, rey tan justo,
Tan bondadoso en la paz como valiente
En defender los fueros de su gente,
Haciendo ver al orbe que la España
Luchar podia aun con la Bretaña;
Y si vencer no pudo al argelino,
No culpa suya fué, sí del destino.
Cárlos cuarto el amado,
A reinar parecia destinado,
Pacífico, feliz y venturoso,
Cuando el grito de un pueblo revoltoso,
Que embriagado en los goces de su orgía
Por su rey un cadalso construia,

Vino á turbar la patria de los Cides,
Y á inaugurar en ella nuevas lides.
De Trafalgar y Nelson la memoria
Llorará eternamente nuestra historia,
Al ver á nuestra armada
Poderosa hoy, mañana derrotada.
Cárlos cuarto él mismo se destrona,
Abdicando en Fernando su corona.
La España el año de ocho es invadida
Traidoramente y al frances vendida;
Mas seis años de lid fiera, terrible,
Al frances le hacen ver que él es vencible;
Y Bailen, Arapiles, Tarragona,
Y los sangrientos muros de Gerona,
Proclaman que el ibero,
Prefiere á esclavo ser, morir primero.
El año treinta y tres murió Fernando,
A la tierna Isabel antes dejando
Por heredera de su trono augusto,
Que quedó mas brillante y mas robusto
Despues que la civil guerra cesára
En los campos dichosos de Vergara.
Allí reconocidos se abrazaron
Los que en bandos opuestos batallaron
Y allí un nuevo sosten firme se funda
De los derechos de **ISABEL SEGUNDA**.

Vino á turbar la patria de los Cides,
Y á desangrarse en ella nuevas lides.
De Trafalgar y Bailen la memoria
Llorará eternamente nuestra historia,
Al ver á nuestra armada
Poderosa hoy, mañana derrotada.
Cárlos cuarto el mando se desploma,
Abdicando en Fernando su corona.
La España el año de ocho es invadida
Traidoramente y al francés vendida;
Mas esta nacion de fiera terrible
Al francés le hace ver que él es vencible.
Y Bailen, Arapiles, Talavera,
Y los sangrientos muros de Gerona,
Pregonan que el Ibero,
Prefiere á esclavo ser, morir primero.
El año treinta y tres murió Fernando,
A la tierna Isabel á tres dejando
Por heredera de su trono augusto.
Que quedó mas brillante y mas robusto
Despues que la civil guerra acabara
En los campos dichosos de Vergara.
Allí enemigos se abrazaron
Los que en bandos opuestos batallaron
Y allí un nuevo sosten firme se funda
De los derechos de ISABEL SEGUNDA.